



Pastor Servando Obligado

Sonrojo comprometedor

1. Una madre para cien hijos, suele repetirse, pero ¡cuántas veces cien hijos no son el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas hermosas esmeraldas, color de esperanza, donde el amor resplandece, nos inclinamos á recogerla, para engarzar en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran á la humanidad y que felizmente no han desaparecido entre nosotros.

2.

I

3. En una de nuestras más avanzadas fronteras, aconteció el sucedido que referimos.

4. Hallábase en su modesta mesa de campaña, rodeado de los oficiales de la guarnición, el Comandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando sacando una pequeña cigarrera con cantos dorados dijo, enseñándola á sus oficiales:

5. - No está de más que de cuando en cuando recuerden á los olvidados que vegetamos en el desierto. Me acaba de llegar este obsequio de un amigo de la infancia.

6. Y pasando de mano en mano por cuantas cortaban pan, llamaba la atención de unos el cincelado labor en una tapa, representando dos hermanos de armas, espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media Pampa, y otros en monograma y

dedicatoria: «A un amigo de cuarenta años». El alférez recién llegado, que contaba de vida la mitad de esa larga amistad, más curioso, olió cigarros que hacía tiempo no olía, volviendo el obsequio concluida la ronda á manos del dueño.

7. Siguió al churrasco el puchero criollo con choclos, y al guiso con zapallitos, el arroz con leche, y la conversación y la francachela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el jefe dispensara no se faltaba á la subordinación y respeto hasta en los actos más familiares que prescribe la ordenanza. [[pág.](#)] Al servirse el café, con sabor de achicoria y no á Yungas, el Comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por los mil recuerdos que despertaba, dando participación del contenido á los subalternos. Por más que registrara el bolsillo donde la guardara, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles aparecía la muy perdida y abarcando con mirada escudriñadora á todos los circunstantes, acentuó muda interrogación sin palabras.
8. Como tocados por automático resorte, los oficiales se pusieron de pie, dando vuelta sus bolsillos, menos el Subteniente del extremo, quien, más colorado que tomate, dijo sin pararse.
9. - Afirmo bajo palabra que yo no la tengo.
10. No faltó quien comentara el sonrojo denunciador, dividiéndose opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros, al notar lo abultado del único bolsillo no abierto. El más adulón chismografió:
11. - Entre pura gente honrada la cigarrerita no aparece.
12. Otro, cuchicheaba al vecino:
13. - ¿Se ha fijado que *el nuevo*, siempre deja precipitadamente la mesa?
14. Los más criticaron su proceder, sin que faltara quien añadiera:
15. - Me parece que ha hecho bien. Al fin no estamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha, achácasele la desaparición de la moneda que rodó.
16. - Si el Jefe lo hubiera impuesto, - agregó un tercero, - no vació la faltriquera. Mera sospecha, deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser resistiendo la corriente, bien que no pudo evitar le salieran los colores á la cara.
17. - ¡Al fin nuevo! - dijo el más antiguo. - Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que exporta el Colegio Militar, llegan al ejército con más humos que locomotora, echando planes y planos sobre el papel, antes de haber acostumbrado la mano al sabor del sable, y aprender á tirar tajos y reverses, en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga á fondo.

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada con labores no aparecía. No que alguno de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente continuaba retirándose el primero, apareciendo el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban á retirar asientos del suyo, haciéndole el vacío hasta dejarle aislado en el extremo de la mesa.

18. Al distanciamiento de compañeros, siguió agregando el de la palabra. Algunas manos ya no se le extendían; otras oprimían fríamente la suya. El Jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, condensándose malsana atmósfera para el sospechado.
19. Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el oficial digno que había dado lección de dignidad. Serio, silencioso, imperturbable, seguía cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo examen obtuvo *diez*, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

II

20. Y en tanto no aparece la plateada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, pero nó en lo mismo el honrado joven, a quien se inculpaba su traspapelamiento, prendiendo un *puro*, echaremos el parrafito de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial tan escaso ya, como los diamantes del Cabo en la lejana región que al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña aparece al mundo dando ejemplo de amor al terruño.
21. La antigua Roma, cabeza del mundo que deificaba toda virtud antes que los vicios le prostituyeran, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de prisión, al través de cuyas rejas una joven madre prolongó la vida de su anciano padre, condenado á morir de hambre, sustentándole á sus pechos, en diarias visitas.
22. Escena en algo semejante dio origen á nuestra iglesia del mismo nombre (Calle Piedad) alzada sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía del ingeniero Canale, que pretendió enmendar la plana á su colega, el ilustrado señor Pellegrini.
23. Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario patrio piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año dignos de premios al amor filial,

recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola monja profesa, saltó las tapias de San Juan, bajo disfraz de acarreador de leña, se introdujo en el Convento, y al reconocerla de novicia á través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternos. También hemos recordado ese otro buen hijo, que al saber la desgracia de su padre, condenado al cadalso del que evadiera, recorrió toda la Argentina en su busca, para llevarle el consuelo de su cariño, perdiendo la razón al entrar por una puerta en la casa de la cual los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan cariñoso.

III

24. En una de las fronteras de la hermosa región, donde el suave algodnero y la dulce caña florecen, y también sentimientos tan suaves y dulces, fué donde se produjo el suceso que tradicionamos.

Ya los más atolondrados hablaban de solicitar separación del sindicato, con la única razón del *porque sí*, cuando un buen día le llamó reservadamente el Jefe á su alojamiento, diciéndole:

25. - Usted no ha tomado la cigarrera...?

26. - Señor Comandante, lo he afirmado bajo palabra...

27. - ¿Tiene usted inconveniente en decirme por qué no siguió el movimiento de sus compañeros, que tan espontáneamente dieron vuelta sus bolsillos?

28. - Lo que de modo alguno demostraba no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Si bien líbreme Dios sospechar de mis compañeros! - ¡Perspicaz es el subteniente! No lo he llamado para reconvénirle, menos para que delate á nadie. La cigarrera apareció. Hablo á usted como lo haría un padre. ¿Quiere usted decir por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

29. - Ante todo por decoro propio, y también por otra causa. Si se me interroga particularmente, no como Jefe, diré á usted lo que no hubiera declarado ante sumario alguno.

30. Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, temblorosa por la emoción:

31. - Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar hasta sus vestidos para que yo, su único hijo, siguiera en la Escuela militar. Aunque la asisto con mi escaso sueldo, desde que empecé á ganar doce pesos en el Colegio, muchos días falta pan en su rancho. Consiguiendo hacerla venir creca del campamento, guardo la

mitad de mi ración y yo mismo se la llevo. Día feliz para usted fué el en que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo, fecha fatal para mí, pues desde entonces no me ha quedado un amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes la vi comer con tal ansiedad el pan más blando que reservaba a mi pobre viejecita, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que, entre dos rabanadas, agregué otra de carne fría que abultaba más mi bolsillo. Ya ve usted, señor Comandante, que para mis propios camaradas habría sido bochornoso sacar la cena así escondida: hubiera preferido sacar el sable antes que dejarme registrar.

32. El Comandante que recordaba haber debido socorrer en sus penurias una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para no dejar percibir dos gruesas lágrimas descendiendo á perderse entre sus blancas barbas.

En época ya lejana fuí soldado; no recuerdo si la Ordenanza que castiga al que se agacha al paso de las silbadoras, prohíbe á un jefe emocionarse ante el subalterno.

33. Fué otro bolsillo ocultador el que sindicó sospechoso al honrado hijo, ejemplo de amor filial. Descosido un forro interior en el capote militar del Jefe, cayó la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado, como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito denunciante del que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, alimento era para el ranchito blanco y limpio que á lo lejos se divisaba.
34. Comprobados los hechos, el Comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso joven, le hizo un obsequio, y desde entonces asignó ración diaria á la madre.
35. Agregaba el Comisario pagador algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general, si irreflexivo en ocasiones. Los que más le vituperaron fueron los primeros en pedir disculpa. Desde entonces, cuando llegaba la valija, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando no tres, llevando paga de uno, entregaba *treinta pesos* á esa madre pobre, á quien todos habíanla declarado pensionista del *Regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.
36. Recién entonces vino á saber *el nuevo* que entre los oficiales, los mismos que proyectaban su separación, se impusieron en desagravio, suscripción de un peso cada mes, que por intermedio del pagador le hacían llegar reservadamente...
37. ¡He aquí un hijo pundonoroso á punto de ser expulsado del ejército, que sigue siendo digno jefe, por la forma en que el amor filial le permitía socorrer á la anciana madre!

38. ¡En cuántas ocasiones las apariencias acusan!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

